

PEDRO LAIN ENTRALGO: VIAJE HACIA UNAMUNO

El 31 de este mes se cumplen 50 años de la muerte, en Salamanca, de Miguel de Unamuno. Con este motivo **Pedro Lain Entralgo**, director de la Real Academia Española, impartió en la Fundación Juan March un curso universitario, entre los días 21 y 30 de octubre, con el título genérico de «Viaje hacia Unamuno». Las cuatro conferencias que pronunció fueron las siguientes: «La palabra de Unamuno», «La España de Unamuno», «La persona de Unamuno: vidas complementarias» y «La persona de Unamuno: el hombre de secreto».

Se incluye a continuación un amplio resumen de las cuatro conferencias.

Lo que como hablador y decidor fue don Miguel de Unamuno, lo que la palabra significó en su vida debe indagarse según los dos modos en que esa significación cobró efectiva realidad: la palabra *en* Unamuno, lo que para él, en tanto que poeta, pensador y despertador de España, fue la palabra, y la palabra *de* Unamuno, lo que para nosotros, en tanto que lectores sensibles, es el empleo unamuniano de ella. Unamuno como teórico de la palabra y como ejerciente de la expresión verbal, como usuario de ella.

Salvo en las últimas semanas de vida, cuando el sangriento drama de España le había forzado al silencio y le hacía ver muy próximo su fin, todo en Unamuno se realizó a través de la palabra. Con su palabra fue profesor y escritor, sólo con su



PEDRO LAIN ENTRALGO (Urrea de Gaén, Teruel, 1908) ha sido catedrático de Historia de la Medicina de la Universidad Complutense de Madrid y es director de la Real Academia Española, así como miembro de número de las Reales Academias Nacionales de Medicina y de la Historia. Entre sus libros pueden destacarse: «La generación del 98», «España como problema», «A qué llamamos España» y «Antropología de la esperanza».

palabra quiso reformar a España.

Aunque rebelde a la paciente disciplina del trabajo científico, Unamuno, docente de Filología, fue a su modo filólogo. Pero más que filólogo, más que estudioso de la palabra, Unamuno fue logófilo, amante de ella. Acaso no haya existido un escritor más lúcido y patéticamente enamorado de su vocacional condición de hablante. Para nuestro gran logófilo, la palabra es la clave secreta de la realidad del hombre, misteriosa razón de nuestro ser.

Tanto valor da Unamuno a la palabra, que no vacila en poner al puro hablar por encima del decir. Hablar es proferir palabras prescindiendo de su significación, hacer patente en forma pura el componente órfico y musical del lenguaje.

Es cierto que el hablar y el decir no pueden ser tan tajantemente deslindados y contrapuestos entre sí. Quien habla, quien profiere palabras, aunque el sentido de ellas sea problemático, llama, dice y nombra; y así, algo de puro hablar tiene siempre el decir y algún decir concreto contiene siempre el hablar.

Hablando hago palabra mi realidad de hombre y de persona; diciendo, doy expresión social y personal a mi experiencia del mundo. Con su deliberada extremosidad, esto es lo que quería «decir» la profunda intuición poética y antropológica de Unamuno.

Cuatro notas principales pueden señalarse en la palabra de Unamuno: sinceridad (hombre adentro, la sinceridad lleva en su seno la intención secreta o la patente voluntad de expresarse según uno a sí mismo se siente); popularismo (expresión léxica y estilística de su íntima fe en el pueblo español); inquietud semántica (ordinariamente de carácter etimológico, voluntad de desentrañar el carácter polisémico de una palabra); y carga zón cordial (abundancia de corazón, en este caso, en el texto escrito, sentido último de la sinceridad). Todo lo cual nos pone ante la segunda vía de nuestro viaje hacia Unamuno: su modo de sentirse español.

La España de Unamuno, lo que para él fue la España que veía —y por tanto la historia que había hecho ser a España como ante sus ojos era— y lo que Unamuno quiso —o soñó—

que fuera España. Pero la España real y la España ideal, ¿fueron siempre lo mismo para el español Miguel de Unamuno? Evidentemente, no.

Cuatro ideas de España

Un examen detenido de su biografía obligaría a distinguir en ella hasta cuatro ideas de España:

1.^a La España del vascófilo y católico adolescente que Unamuno fue. La que llevaba en su mente aquel Unamuno joven al que, ya varón adulto, él miraba «como se mira a los extraños».

2.^a La España del Unamuno inmediatamente posterior a su primera crisis religiosa, la que él como socialista y spenceriano veía y deseaba. Es la España de *En torno al casticismo*.

3.^a La España del Unamuno que, tras su segunda crisis religiosa, la de 1897, pareció cobrar forma definitiva. Es la que en primer término aparece en nuestra mente cuando hablamos de «la España de Unamuno».

4.^a La que acaso resultó, y ya no pudo alcanzar expresión escrita, de la dramática revisión que de sí mismo hizo entre el 12 de octubre de 1936 y el día de su muerte.

Todas ellas deberíamos tener en cuenta para dar una respuesta diacrónicamente cabal al título de esta conferencia. Quiero limitarme, en esta ocasión, a exponer los rasgos esenciales de la tercera —la que transcurre entre el mes de marzo de 1897 y el 12 de octubre de 1936—, a la luz de un singular acontecimiento de la vida de don Miguel y acaso el más decisivo en la configuración unamuniana de su actitud ante España: su dis-

curso en el Teatro de la Zarzuela, de Madrid, el 6 de febrero de 1906.

Tres temas principales se articulan en ese discurso: el ejército y el patriotismo; proposición de una nueva idea de la patria y el patriotismo; e Iglesia y religión.

Unamuno niega el militarismo en España: ha habido ocasionales intervenciones del ejército en la vida política, pero no militarismo propiamente dicho. En la visión de Unamuno, el patriotismo del ejército tiene cuatro notas: disciplina rígida frente a libre examen y libre competición; la patria y el patriotismo deben ser discutidos; centralismo uniformador, que Unamuno no admite; y fusión entre él y la religiosidad tradicional.

Para Unamuno los militares «no sienten más vivamente la patria que nosotros, los civiles». Dice además: «También da su vida por la patria el que la consume día a día al servicio de su cultura y su prosperidad». Es necesario, pues, una nueva idea de la patria y el patriotismo, que debe partir de unos presupuestos inexcusables: libertad de conciencia y de crítica; firme convicción de que la España castellanizada, grande antaño, a que se refiere el patriotismo tradicional, ha perdido su realidad y su vigencia; y no menos firme convicción de que la verdad nos hará libres.

Unamuno propone, pues, un nuevo significado de ambos términos. La existencia de dos raíces y de dos modos en el patriotismo: una sentimental (la patria que se ve) y una intelectual (la patria que se aprende en los libros). Es necesario integrar esas dos patrias. La nueva patria

resultará de la mutua fecundante oposición de las diversas «castas» peninsulares, tras la irremisible declinación de la «casta» castellana.

Por lo que respecta a la Iglesia, Unamuno ve necesario desvirtualizar y hacer más íntima la religión. No, pues, al clero como monopolizador y dictador de la religiosidad y, por otra parte, entendimiento del patriotismo como religión laica, secular y no dogmática ni teocrática. Este fue, en esquema, el ideario español de Unamuno en aquellos años. Algo habría que revisar desde 1986, pero sí son necesarias una nueva idea y una nueva praxis del patriotismo. O nos salvamos todos o nos hundimos todos. Y hoy más que en 1906. Ahora o nunca, tal vez. Pero más que suponer futuros, debo exponer y glosar lo que fue la España de Unamuno. Saber, en nuestro viaje hacia Unamuno, qué nos dice respecto de él su vida de español y su destino como español, cómo por el español Unamuno podemos acceder al hombre Unamuno.

Vidas sucesivas y complementarias

Unamuno no fue un hombre de una vez, ni de una pieza. Hasta su muerte vivió haciéndose a sí mismo y varias fueron en todo momento las piezas que en ella se integraron. En la descripción biográfica de la vida de un hombre hay que distinguir sus vidas sucesivas y sus vidas complementarias. Llamo «vidas sucesivas» a las etapas de la biografía de un hombre dotadas de cierta unidad interna y descriptivamente diferenciables entre sí. En cada una de sus vidas

Viaje hacia Unamuno

PEDRO LAÍN ENTRALGO



OCTUBRE 1986

Martes, 21 - 19,30 horas
LA PALABRA DE UNAMUNOJueves, 23 - 20 horas
LA ESPAÑA DE UNAMUNOMartes, 28 - 19,30 horas
LA PERSONA DE UNAMUNO: VIDAS COMPLEMENTARIASJueves, 30 - 20 horas
LA PERSONA DE UNAMUNO: EL HOMBRE DE SECRETO

Todos los conferencias tendrán lugar en el Salón de Actos de la Fundación Juan March, Casilla, 77. 28014 MADRID. Entrada libre.

sucesivas, y con simultaneidad más o menos perceptible, el hombre es hombre y es él mismo realizándose en un conjunto de «vidas complementarias», vocacionalmente determinadas unas, porque la vocación de una persona puede no ser única, y social o profesionalmente condicionadas otras.

A mi modo de ver, en la biografía de Unamuno pueden ser discernidas hasta «cinco vidas sucesivas»: 1.^a Desde el despertar de su conciencia personal hasta su primera crisis religiosa (1881). 2.^a Desde su primera crisis hasta los tormentosos días de la segunda crisis religiosa (1899). 3.^a Desde entonces hasta su regreso del exilio en Francia (1930). 4.^a Desde entonces hasta los días que preceden al 12 de octubre de 1936. 5.^a Desde esta fecha hasta su muerte, el 31 de diciembre del mismo año.

Hasta sus 17 años, Unamuno es un muchacho ingenuo, cre-

yente fervoroso, empapado de infantil amor a su tierra vasca. La primera crisis religiosa convierte al adolescente vascófilo y piadoso en un joven descreído y moderno. Es el Unamuno que compone los ensayos integrantes de *En torno al casticismo*.

Pero este Unamuno incipiente no iba a ser el Unamuno definitivo. Su segunda crisis religiosa (1897) llevaba en su entraña tres claves: quiebra de la fe en el mundo como realidad verdaderamente subsistente; descubrimiento, mediante la experiencia íntima, de que la subsistencia de la propia persona sólo puede ser subjetivamente segura por obra de la fe y la esperanza en una realidad absoluta y fundamentante, que para él no puede ser sino el Dios Padre; y como consecuencia, lucha por conquistar esa fe.

Hasta 1930, en una nueva etapa, dos sucesos modularán la anterior: el cese como rector de Salamanca y su destierro a Fuerteventura. Con la República parece haber llegado su hora y aunque ésta le declare «ciudadano de honor» aquélla no es «Su Majestad España», que él había soñado. La última de las vidas sucesivas se inicia con el acto universitario del 12 de octubre de 1936. Recluso en su domicilio, revisa en silencio su vida, y de cuando en cuando añade algunos poemas a su *Cancionero*. Siente aproximarse la muerte.

Desde que Unamuno cobró clara conciencia de su vocación y de su misión, hasta cinco «vidas complementarias» se constituyeron en la concreta realidad de su persona: el hombre agónico; el pensador poeta; el reformador de España; el universitario; y el hombre familiar.

Unamuno fue, ante todo, un «hombre agónico» en el sentido etimológico de «agonía» como lucha y angustia en el alma. El pensador-poeta o, si se quiere, el poeta-pensador, fue el más inmediato intérprete de su agonía: un pensador que necesitaba de la poesía para expresarse y un poeta que lo era buscando en lo que pensaba y sentía.

¿En qué medida el Unamuno reformador de España —la más aparatosa y discutida de sus vidas complementarias— fue expresión del hombre agónico que en el había? Sustantiva, biológica o estilísticamente ligado con su personal intimidad, la pugna por la reforma de la sociedad española fue, en todo caso, otra de las vidas complementarias de este varón de muchas almas. Y junto a ella, estrechamente ligada a la vida histórica y social de España, es preciso tener en cuenta al Unamuno universitario. Egregio y fervoroso universitario fue el hombre a quien en toda España era tópico llamar «el Rector de Salamanca».

Pero hubo en Unamuno también un hombre familiar: el Unamuno aficionado a jugar y bromear con sus hijos, el esposo filial y conyugalmente enamorado de su mujer. La existencia, pues, de estas vidas sucesivas y complementarias nos hace preguntarnos: ¿qué dio al conjunto de todas ellas su radical unidad? Intentando responder a ello daremos término a nuestro viaje hacia él.

El hombre de secreto

En el alma de cada hombre —nos dirá Unamuno autor del ensayo *El secreto de la vida*— hay plantado, como una semi-

lla, un secreto personal, el suyo, tanto más profundo y tanto más fecundo cuanto más dolorosamente haya llegado él a sentir su condición humana.

El secreto de cada hombre no pueden verlo los demás y de ordinario sólo parcialmente lo conoce la persona a quien pertenece. Los amigos muestran serlo de veras vivificando en nosotros «cabos sueltos espirituales, rincones del alma, escondrijos y recovecos de ésta que yacen en ella inactivos e inertes...».

La temporalidad de nuestra existencia se halla integrada por dos corrientes contrapuestas: una va del ayer al mañana, la corriente de ir haciendo nuestra vida; la otra del mañana al ayer, la corriente que debe seguir el empeño de conocer la vida según lo que ella es, el paso del hecho resultante al acto libre que le hizo existir.

Hace más de cuarenta años, Julián Marías y yo, cada uno por su cuenta y a su manera, tuvimos la idea de contraponer dos modos de concebir el conocimiento de un hombre; no del hombre en general, sino de cada hombre en particular: el modo de Unamuno y el de Zola. Unamuno y Zola no escriben novelas para divertir al lector, sino para mostrarle lo que es la vida humana, cuando mediante una ficción novelesca se explora su individual y concreta realidad.

Frente a Zola, Unamuno tiene su modelo en el poeta, tal como él vive y entiende lo que el poeta es: un hombre que mediante la palabra metafórica trata de expresar lo que para él es aquello en que últimamente consiste la realidad de las cosas, su misterio.

Ante el hombre, ante un hombre, Zola quiere ser fisiólogo, y Unamuno, poeta. Al naturalismo a ultranza de aquél opone éste un personalismo a ultranza. Entre la actitud de Zola y la de Unamuno, extremadas las dos, ¿existe un «tertium quid», que asuma unitariamente lo que de las dos puede y debe ser asumido? Pienso que sí, y hacia el logro de esa meta se ha movido más de una vez mi reflexión.

En la vocación de una persona se funden la «vocación de ser hombre», ente humano *in genere*, y la «vocación de ser tal hombre», la singular persona que uno es. Pero, a todo esto, ¿qué es en la vida del hombre esa íntima, silenciosa llamada a ser «él mismo»? Varias respuestas pueden ser dadas, según el punto de vista desde el cual se la considere: el psicológico, el metafísico, el ético, el estético, el médico, el social. Desde un punto de vista psicológico, la vocación es la vía más idónea para alcanzar ese gozoso acabamiento de la realidad propia que solemos llamar felicidad. Por necesidad habrá de ser, éticamente vista, la vía hacia aquello por cuya consecución limpiamente somos capaces de sufrir, lo cual también por necesidad ha de realizarse según los cauces que cada sociedad ofrece a quienes en ella viven.

Se trata, pues, de conocer a Unamuno, al hombre singular. ¿Qué vemos en él? Orgánicamente lo que su cuerpo le obligó a ser o le permitió ser. Socialmente, ¿qué fue? Todos lo sabemos: profesor, pensador, poeta, vasco salmantizado, aspirante a reformador de España, escritor que hablaba de sí mismo y de su íntima agonía, etc. Pero haciéndose y deshaciéndose

a sí mismo a lo largo de ese múltiple manojo de caminos y vidas, ¿qué quiso ser él? ¿Cuál fue su vocación como hombre y como persona? ¿Cómo entendió su posible y tan pocas veces lograda felicidad personal? ¿Qué fue aquello por lo cual estuvo dispuesto a sufrir, acaso a morir?

La vocación más profunda y central de Unamuno fue la posesión de una fe viva en la inmortalidad de su propia persona, para luego, desde esa fe, ser todo lo feliz que la existencia terrena le permitiera ser, en el ejercicio de las diversas actividades a que por suyo y por su circunstancia él se sintió llamado.

Como todo hombre, Unamuno hizo su vida para ser él mismo y para poseerse a sí mismo. ¿Lo logró? No, no pudo lograrlo porque él, hombre radical, no tenía en sí mismo lo que para poseer de veras, para ser de veras poseedor de algo, es condición necesaria: suelo en que asentar aquello que se posee.

La conmemoración del quincuagésimo aniversario de su muerte debe consistir, por supuesto, en el ejercicio de leerle y estudiarle conforme a lo que él esperaba de sus lectores. Pero tanto como en eso, debe consistir en un ambicioso empeño cotidiano, la construcción de una España en la cual, si él volviese a vivir, pudiese ser sin conflictos ni sobresaltos el hombre que quiso y no pudo ser. Cada uno en lo suyo, hagamos, entre todos, la España que pudiera dar a don Miguel, si a ella volviera, esa hierba fresca y verde. Si entre todos lo logramos, ése será nuestro mejor homenaje. ■